

*BREVE HISTORIAL TAURINO MEXICANO
DEL SIGLO XX*

Ángel Arranz*



aya por delante: en México hay numerosos personajes taurinos que por sí solos merecen mucho más espacio que la brevedad de este ensayo. Solo trato de hacer desde España una síntesis aproximada de su Tauromaquia. Y acepto los matices que los más eruditos podrían sumar, restar, multiplicar o dividir. Verdaderos expertos les han dedicado páginas y biografías a considerar.

El todavía primario toreo mexicano del siglo XIX se cierra con el fallecimiento del polifacético Ponciano Díaz en el año 1897. Polifacético porque toreaba a pie y a caballo, hizo de empresario, fue descubridor y mecenas de toreros mexicanos y fue protector de toreros españoles. Sus características más sobresalientes eran su gallardía y sus conocimientos del ganado bravo al haber nacido en una hacienda con reses de lidia. Es verdad que estuvo lejos de la categoría de los lidiadores españoles en cualquiera de las facetas que experimentó. A mi entender su actividad y trayectoria se asemeja más a la del también polifacético y contemporáneo suyo José Bayard y Cortés *Badila*, picaador español, que de vez en cuando rejoneaba, toreaba a pie y llegó a cantar zarzuelas. El célebre *Badila* había venido al mundo en Tarragona y era hijo de padre francés y madre catala-

* Aficionado práctico y escritor.

na. Los dos nacieron en 1858 y murieron jóvenes, a los 39 y 48 años respectivamente.

En 1907, viene de México, con 22 años, un torero peculiar: Vicente Segura. Nace en el seno de una familia aficionada y muy adinerada. Desde niño tiene trato fácil y directo con toreros mexicanos y figuras españolas. Se queda huérfano y se inicia en los primeros pases y compases de su vocación. Su entusiasmo le llevó a construir una placita de toros propia, donde le enseñaban y corregían lidiadores de la talla de Antonio Montes. En España, su carácter, su persona y su fortuna tuvieron buena acogida en las novilladas en que participó. Confirmó la alternativa el 6/6/1907 en Madrid con Fuentes y *Bombita* y toros de Moreno Santamaría. En ciertas plazas de España, Portugal y Francia despertaba expectación y aumentaba la curiosidad en verlo porque solía renunciar a sus honorarios en beneficio de hospitales o casas de caridad. Se retiró pronto, fue empresario de la Plaza El Toreo y tuvo alguna reaparición fugaz. Su característica principal era el valor. Cuentan los cronistas de la época que con algo más de envidia hubiera llegado mucho más alto en el historial torerista. Vicente Segura no es una figura de relieve, pero tiene aportaciones tan interesantes como ser millonario y jugarse la vida con los toros, cuando los toreros españoles eran de dinastía o los casi autodidactas se jugaban la vida para intentar tener un buen pasar. Hizo honor a la famosa bravura y bravuconería más o menos razonables de un sector de la sociedad mexicana. Y seguirían su arquetipo importantes toreros que nacieron en cunas económicas, culturales y sociales de postín. Es el precursor o uno de los pioneros de la rama más audaz del toreo temerario. Sus discípulos más inmediatos son Luis Freg y Juan Silveti. Pero antes nos visita Rodolfo Gaona y Jiménez.

Gaona nace en León de las Aldabas en 1888. En sus primeros y elementales estudios atesora una inteligencia a tener en cuenta. Pero deja la escuela académica para arrimar el hombro

económico a su modesta familia. Es casi un niño cuando el acreditado banderillero español Saturnino Frutos *Ojitos* crea una escuela taurina en dicha localidad. Gaona acude como alumno y destaca por su clarividencia y voluntad o necesidad. *Ojitos* lo presenta de becerrista en la plaza de México en 1905. Hasta su llegada a España toma parte en más de un centenar de festejos siendo el diestro más activo y querido de aquellas sus primeras temporadas en la República Mexicana. Algunos toreros y taurinos profesionales españoles que van y vienen a México cantan y cuentan las condiciones de Gaona. Llega a España en febrero de 1908 acompañado de *Ojitos* como mentor y apoderado, que encuentra ciertas dificultades para colocarlo en los carteles españoles hasta el punto de tener que montar un festival con solvencia de corrida de toros para presentarlo en Madrid ante la flor y nata de los críticos y aficionados, que en principio fueron a verlo como otra novedad exótica de importación. El ganado salió manso, pero Gaona sale airoso del compromiso con detalles de un torero de verdad. Siguen los inconvenientes, y tuvo que ser una empresa particular la que organizase una corrida de toros en Tetuán de las Victorias para tomar la alternativa el 31/5/1908, actuando de padrino y testigo Manuel Lara *Jerezano* con toros de Peñalver.

La actuación del torero mexicano es un éxito que repite con cuatro toros el 28 de junio como único espada. La empresa taurina madrileña busca solución a las adversidades de Gaona y confirma la alternativa el 5 de julio de manos de Juan Sal *Saleri* y Tomás Alarcón *Mazzantinito* con reses de Juan González Naudín. El 12 de julio repite triunfo. Tres días después inaugura la plaza de Vista Alegre con *Bombita* y *Machaquito*, alternando por primera vez con dos de las figuras de esa época.

En 1909 torea 42 corridas a pesar de su dolencia hepática y un par de percances que le impiden incrementar sus actuaciones. En 1910 toma parte en 46 festejos y en 71 en 1911, cortan-

do la temporada el 30 de septiembre por sus problemas en el hígado. Gaona se hace cuando en las plazas mandan Fuentes, *Bombita*, *Machaquito*, *El Gallo* y Pastor, y crece con la llegada del poderoso y apolíneo Joselito y del iconoclasta y dionisiaco Belmonte. Solo el *indio grande* Gaona y el *genial gitano* Rafael *El Gallo* mantienen su cotización y prestigio ante los dos colosos del arte de torear. Los anteriores espadas se retiran o inician su cuenta atrás.

Como casi todos los artistas grandes, es apasionado y sentimental, algo supersticioso. Sus estados anímicos marcaron su trayectoria desigual, de altos y bajos, de cumbres y valles. Lo que está claro es que se trata del máximo impulsor de la torería clásica mejicana propiamente dicha y abre las puertas a las posibilidades de otros países taurinos que irán aportando figuras a escalafones más cosmopolitas y cumplidos. Sus calidades y cualidades, elegantes y ortodoxas, son innatas, y si hubiese sido español superaría su merecido y elevado reconocimiento. Es también la primerísima figura del toreo no nacida en España y enriquece el repertorio de capote al inventar la gaonera. Es una rama importantísima del árbol ibérico en el porvenir del arte de torear. El germen, la semilla que siembra Gaona es referencia lejos de la patria madre taurina, y en poco tiempo empieza a dar resultados y frutos. La llamada Fiesta Nacional, afortunadamente, pasa a ser casi multinacional. Con razón el agudo Díaz-Cañabate acuñaría esa certera expresión: «El planeta de los toros», dando amplitud a un concepto taurófilo tan limitado como local.

Los hermanos Freg son los primeros en seguir la estela de Gaona. El más destacado es Luis. Toma la alternativa el 26/10/1910 en El Toreo de manos de *Lagartijillo* Chico con toros de Piedras Negras. En la confirmación en Madrid el 24/9/1911 no estuvo bien al resentirse de una cogida, pero en su país lo solicitan las empresas. Vuelve a España y se presenta en

Sevilla el 6/6/1912, alternando con *Bombita* y *Manolete padre*; uno de los toros de *Gamero Cívico* le hiere de gravedad. El 25/6 tiene otra cogida en *Carabanchel*. Los muchos percances demuestran las carencias de Luis, que a base de ambición, afición y fuerza de voluntad aprende a estar con más seguridad y soltura en la cara de los toros. Hace el paseíllo entre 25 y 40 tardes durante quince temporadas. Se pasó mucho tiempo en hospitales y enfermerías porque su concepto del toreo se fundamentaba casi exclusivamente en la audacia. Gozó de mucho cartel en su tierra y en otros países hispanoamericanos. Murió a los 46 años al accidentarse el barco en el que viajaba.

El temperamental Juan Silveti toma la alternativa en Barcelona el 12/6/1916 de manos de su paisano Luis Freg. El 17/6/1917 la confirma de manos de Rafael *El Gallo*, *Cocherito de Bilbao* y Pacomio Peribáñez de testigos. Torero falto de técnica, de escaso paladar artístico y de valor extremo que torea mucho más en México y los países hispanoamericanos que cuando aparece o reaparece en los ruedos españoles. Pero Silveti es el primer torero foráneo en el que se inicia una dinastía notable de toreros.

Nueve años después comienza la posible edad de oro del toreo mejicano con tres espadas fundamentales en la línea elegante y ortodoxa de Gaona, y cada cual con su propia personalidad. Pepe Ortiz, de cuna opulenta y con alternativa en 1925, es un torero alegre y vistoso, creador de la «orticina», de máximo cartel en su país y sin suerte en España, que además interpreta varias películas de temática taurina en México y en Estados Unidos.

En 1927 toma la alternativa Fermín Espinosa *Armillita*, hermano de Juan y considerado el mejor torero mexicano de todos los tiempos. Es un lidiador completo que llega a encabezar el escalafón español la temporada de 1935 con 64 corridas. Tiene máxima cotización en todo el orbe taurino. Torero clásico y largo, los

entendidos decían que era el Joselito mexicano. Los tratados y maltratados convenios taurinos hispano-mexicanos paralizan mucho su presencia en demasiadas temporadas españolas.

Jesús Solórzano, de familia ricachona que se arruina por las revueltas de su país, toma la alternativa el 15/12/1929 de manos de Félix Rodríguez. Torero de inspiración, gusto y calidad de primer orden. De escasa regularidad en sus actuaciones, en parte se malogró al dejarse llevar por la frivolidad que suele rodear a este tipo de figuras.

La inventiva de Ortiz, la maestría de *Armillita* y la inspiración de Solórzano son decisivas en la evolución del toreo de Gaona y del toreo mexicano. Mientras, la torería española se desenvuelve en la llamada edad de plata, que abarca desde la valía de Sánchez Mejías a la mayestática heterodoxia creativa de La Serna pasando por Granero, Félix Rodríguez, Lalanda, *Niño de la Palma*, *Maera* o Márquez. Y también por la florida y floreciente unidad de *Chicuelo*, la magia de *Cagancho* y *Curro Puya*, la sobriedad de Villalta y Barrera, la difícil facilidad de Manolo Bienvenida o los andares dominadores de Domingo Ortega.

En México, a los Ortiz, *Armillita* y Solórzano se les unen en los años treinta Alberto Balderas y David Liceaga. El intrépido Lorenzo Garza y el intuitivo Luis Castro *El Soldado* toman parte en varias novilladas en Madrid de las que dejan huellas y les lanzan a figuras indiscutibles. También coinciden en el tiempo Heriberto García, Fermín Rivera, *El Calesero* y los hermanos Pérez: Carmelo y Silverio. Carmelo es un torero que apunta hacia la mano muy baja y la despaciosidad en su toreo, pero muere a los 23 años de una cornada mal controlada; su hermano Silverio, el gran Silverio Pérez, «el de la muleta perezosa», por su temple y lentitud, poco después consigue el sueño de Carmelo. Aseguran que es el torero más querido del pueblo mexicano. Es un hecho histórico que entre los años veinte y cuarenta actúan torerazos españoles y mexicanos de máximo relum-

brón y perfeccionamiento estético en la responsabilidad y progresión del arte de torear con toros de los más encastados y variados según la narración torista.

Dato curioso, el 11/6/1903 nace Sydney Franklin en Nueva York en el seno de una familia pudiente. En viaje de negocios visita México, presencia una corrida en la plaza de El Toreo y de inmediato se le despierta la afición. Pasados unos



Fig. n.º 7.- *Fermín Espinosa (Armillita)* Apud. López Izquierdo, Francisco (1992): *Los toros del nuevo mundo (1492-1992)*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A.

años torea novilladas por importantes ruedos españoles con alta cotización y curioso recibimiento. En Estados Unidos da conferencias y firma películas y documentales divulgando la Tauromaquia. Se hace amigo de Hemingway, que con sus crónicas sobre los Sanfermines y la insólita aparición de un novillero estadounidense consigue despertar el interés taurino entre un sector de sus paisanos. Esos acontecimientos, más una época

dorada del toreo mexicano y la proximidad de Los Ángeles a la torerísima ciudad de Tijuana, potencia el interés tauromáquico y tauromágico en Hollywood, donde ya se había rodado una primera versión de *Sangre y Arena* basada en la novela del escritor español Vicente Blasco Ibáñez y protagonizada por Rodolfo Valentino en 1922. Se ha escrito y hablado poco de la relación taurina y cinematográfica: tal vez habría que estudiarla y tratar de recuperar para remontar olvidos y repensar proyectos. El caso es que varias figuras del toreo azteca alternan en ruedos y en pantallas. Hay como una fascinación mutua que afianza personajes y aficionados ilustres, como Mario Moreno *Cantinflas*, Anthony Quinn o el galán Gilbert Roland, hijo de un modesto novillero palentino afincado en México. Y también norteamericanos como Orson Welles y su mujer Margarita Carmen Cansino, hija de españoles y famosísima con el sobrenombre de Rita Hayworth. Se ven en medio mundo películas como *Santos el Magnífico*, otra versión de *Sangre y Arena*, *Torero*, o *El Bravo*, ganadora de un Oscar al mejor argumento original en 1957. Su autor, Dalton Trumbo, era un escritor perseguido por el “Comité de Actividades Antinorteamericanas” presidido por el senador Mc Carthy y firmó su obra con el seudónimo de Robert Rich, no yendo a recoger el premio.

Atractivas, aventureras, neorrománticas y gloriosas temporadas donde las barreras de las plazas más representativas las adornan fascinantes actrices como Deborah Kerr, Ava Gardner, María Félix o Sofía Loren, que miran y admiran el riesgo y mérito del ritual melodramático recibiendo brindis de lidiadores apuestos, atrevidos o mundanos. Para James Dean, uno de los ídolos juveniles de los años 50, sus auténticos héroes eran los toreros, hasta el punto de llegar a plantearse ser torero profesional. Para el actor, el capote que le regaló Sydney Franklin era una reliquia. ¿Cuántos jóvenes y menos jóvenes conocen las inquietudes y el respeto de iconos uni-

versales hacia el arte de torear? Por cierto, Sydney Franklin toma su extraña alternativa a los 42 años en Madrid el 18/7/1945 de manos de *El Estudiante* y *Morenito de Talavera* de testigo, con toros de Sánchez Fabrés. Sí, la Tauromaquia de México tiene mucha influencia en aquel cultivado y bello romance con el cine que permanece hasta los años 60.

La guerra incivil de hermanos contra hermanos en España rompe el ritmo y compás de muchos toreros de la Edad de Plata. Y la cantidad y calidad de los toros... también. Aquí, en la posguerra, abundan toros chicos y toreros grandes. Se van incorporando al escalafón superior Manolete, Pepe Luis, Antonio Bienvenida, Luis Miguel, Pepín Martín Vázquez, Manolo González o Rafael Ortega. En México, sin la ruina de las guerras, siguen arriba casi todos los toreros de su mejor época con un toro casi ideal. Se van incorporando Arruza, de padres españoles, *Cañitas*, Antonio Velázquez, Manuel Capetillo, Jesús Córdoba nacido en Estados Unidos de origen mexicano, o el inclasificable y agitanado Luis Procura, protagonista de "Torero", una de mis películas taurinas favoritas, escrita por Carlos Velo, exiliado gallego. Los miedos o supersticiones del imprevisible Luis Procura le hacen torear mucho por alto, pero a los pases aéreos le imprime un sello, cadencia y mando desconocidos con un personalísimo estilo tan sensible como original. De todos ellos, es verdad que en nuestras plazas solo Arruza se encumbra y aguanta el tirón de las figuras españolas. La solemnidad, el valor y el valer de Manolete causan asombro en los principales cosos del mundo. En México firma actuaciones apoteósicas, y desde allí lo acercan a Hollywood paseándolo con aire de estrella rutilante. Pepe Luis es el embrujo. Antonio la naturalidad. Pepín Martín la gracia con hondura. Rafael Ortega la pureza de la autenticidad. La suficiencia de Luis Miguel Dominguín va justificando su credibilidad y aspiración de

número uno con los toros, y también con espectaculares damas, al mismo tiempo que se relaciona con intelectuales y artistas de rango internacional.

A figuras en activo de los años cuarenta en España y México se incorporan nombres sonoros en los años 50. A los Aparicio, Ordóñez, Antoñete, *Chamaco*, Ostos, Diego Puerta o Curro Romrero se suman los mexicanos Jaime Bravo, Joselito Huerta, *El Ranchero*, Alfredo Leal y los primeros toreros de dinastía como el nuevo Juan Silveti o Anselmo Liceaga, demostrando para los restos bases sólidas en el engrandecido cosmos taurófilo. La evolución de los escalafones mexicanos va siendo casi paralela a los escalafones españoles. Ordóñez es una de las cimas del toreo eterno. El intermitente Antoñete posee una clase excepcional. Romero es el empaque armonizado. El fino torero Joaquín Bernardó, que toma la alternativa el 4/3/1956, es el lidiador que más veces hizo el paseíllo en ruedos mexicanos en todo el siglo XX. Cuatro décadas después del coraje de Gaona como figura no española, aparecen las primeras de otros países como Manolo Dos Santos en Portugal, los hermanos César y Curro Girón en Venezuela, Pepe Cáceres en Colombia, aunque le supera César Rincón en los años 90, o *El Puno* en Perú. Claro que hay toreros españoles de parecida o superior jerarquía que muchos de los nombres «forasteros» que señalo, pero la esencia de estas líneas es reflejar dónde estamos, bucear de dónde venimos y reflexionar hacia donde vamos, tomando como símbolos ejemplares a Gaona y México. España, afortunadamente, abre puertas y ventanas a toros, toreros y toreo sin fronteras.

En la temporada de 1965 toman la alternativa dos de los toreros aztecas más emblemáticos: Eloy Cavazos y Manolo Martínez. Cavazos, en la línea festiva y colorista de su paisano Pepe Ortiz, es uno de los tres o cuatro toreros que han par-

ticipado en más corridas a lo largo de sus 45 temporadas como matador de toros en activo. Manolo Martínez hace el toreo más españolizado, tal vez por el asesoramiento del crítico español Pepe Alameda, exiliado en México y cuñado de Domingo Ortega. Los dos tienen cartel en España con éxitos en ferias de primera, pero coinciden con el instinto magistral de Camino, la transparente excelencia de El Viti y los alardes tremendistas o abstractos de *El Cordobés*, que ocupan los carteles más cotizados y triunfan en las plazas más exigentes o mediáticas durante casi dos décadas. El irrepetible Rafael de Paula como antes Luis Procura, entre otros, da sentido al misterioso duende emocional que encierra el melodramático ritual torista, toreísta y torerista que como metáfora de la vida y de la muerte comienza su pasada, su presente, su futura y su comprometida celebración en el ruedo, a las cinco de la tarde.

A partir de los años 70 se nutren los escalafones superiores de México y España con toreros de dinastías más o menos relevantes como Curro Rivera o Manolo Arruza. Con renovados e interesantes Armillitas, Silvetis, Leales, Liceagas o Solórzanos. He visto en directo a todos los toreros mexicanos que desde el año 1960 han circulado un mínimo en nuestras plazas. Me quedo con la inspirada y extraordinaria faena que con acento mejicano hizo Miguel Espinosa *Armillita* a un novillo de Juan Pedro Domecq en el homenaje al inolvidable Julio Robles el 24/10/1992 en Las Ventas. Sí, también hay algunas figuras sin esos antecedentes dinásticos como Dámaso González, *Caíca*, Ortega Cano, Paco Ojeda o Yiyo aquí, y Mariano Ramos, Antonio Lomelín, Jorge Gutiérrez, Manolo Mejía o *Zotoluco* allí, que complementan los carteles más atractivos..., pero a distancia de los mejores momentos de ambas orillas atlánticas.

Hoy hace falta en España y México diversidad, casta y trapío equilibrado en los toros para poner a prueba sin tapujos

el talento y talante de las figuras venideras y para que pintores, cineastas, músicos y poetas afines o respetuosos con el arte de torear sigan plasmando su legítima grandeza.

BIBLIOGRAFÍA:

- Abella, Carlos (1992): *Historia del Toreo* (2 y-3), Madrid, Alianza Editorial.
- Arranz, Ángel y Grau, Jordi (2010): *¿Torturadores?*, Madrid, Egartorre.
- Alameda, José (2002): *Los Heterodoxos del toreo*, Madrid, Espasa Calpe.
- Claramunt López, Fernando (2003): *Historia del Toreo*, Madrid, Tutor.
- Cossío, José María (1943): *Los Toros*, Enciclopedia Taurina, 12 volúmenes, Madrid, Espasa Calpe.
- Luján Nestor (1003): *Historia del Toreo* (3ª edición). Incluye: *El toreo contemporáneo (1966-1993)* de Polo, Juan Antonio, Barcelona, Destino.
- Niño de Rivera, Luis (2005): *Sangre de Llaguno*, México, Punto de Lectura.
- Tapia Daniel (1992): *Historia del Toreo (1)*, Madrid, Alianza Editorial.

